

# Magdalena Camargo Lemieszek o la siempre niña

Por: Rafael Ruiloba, poeta y ensayista panameño.

Magdalena Camargo, una de las poetisas más destacadas de la poesía panameña actual ha escrito que en sus poemas encontramos tres hábitos “el del amor, que es entregarse sin reserva alguna, el hábito del espejo, que es enfrentarse al proceso creativo y hundirse en un viaje de autodescubrimiento. Y por último el hábito oscuro, que envuelve la melancolía, la soledad y el tambalearse al borde de un abismo mientras uno está roto”.

Al interpretar sus poemas veremos que los tres hábitos son líneas de sentido que pueden encontrarse a pesar de que toda lectura poética es una conjetura aleatoria. Porque sus poemas son una peregrinación emocional en busca de ese instante significativo del pasado, que produce anhelo de conjunción en el futuro como proyección del deseo, lo que repercute en estos tres escenarios de su conciencia poética: expresados en clave simbólica.

Qué entendemos por clave simbólica o mejor dicho como la usa ella en sus poemas; una de las formas en las que usa el símbolo, es en los sentidos psicológicos del poema. Por ejemplo observamos que sus poemas expresan sentimientos orientativos en el pasado o en el futuro; no contienen sentimientos orientativos en presente; la otra forma de usar el símbolo es la ubicación de del yo poético enmascarado para ubicar sus sentimientos en la cueva de Altamira o en las estepas de Mongolia antes de una batalla. O después de ella cuando se ríe de la muerte. Esto crea una coordenada del yo como escenario de la cultura, como conciencia universal.

*Breve plegaria contra el olvido  
Y sobre el signo otro signo  
y sobre el símbolo una piedra.  
Colocaré con ella la incertidumbre de aquello que se oculta  
tras los muros,  
el constante flujo de la sangre,  
también la alegoría de la torre y la montaña,  
aun el libro aquel que predice la altura del oleaje  
y aquello que solo es  
porque yace en lo profundo.*

*En ella habrá siempre un débil gesto que se aleja del olvido,  
un gesto apenas,  
porque carece de armas la memoria.*

La doncella sin manos es una metáfora de la separación emocional del padre, y de ahí parten todas las separaciones. La del amor; la de los sentimientos y la vida; la de la muerte como misterio o como coartada. Por esos sus poemas son la memoria que salta en cada evocación para conjurar los malos recuerdos. Este es el "hábito del espejo, que es enfrentarse al proceso creativo y hundirse en un viaje de auto descubrimiento". De esta forma puede superar su abigarrada carga emocional; para quedarse solo con lo esencial, la capacidad de olvidar.

Esto nos lleva a preguntarnos si la doncella sin manos, es símbolo inicial de la incapacidad de vincularse afectivamente, o es el sentimiento inicial dado por el compendio de frustraciones elegidas en sus poemas. "*Y hay quien ignora que la belleza no crece en lo carente de dolor*" nos dice. Sin embargo ella está a la espera del amor para que esas manos cercenadas sobre la hierba vuelvan a ser de ella.

*/Y vendrá aquella silueta y se detendrá frente a mí/ y me tenderá su mano para llevarme consigo./ Y yo devolveré el gesto, olvidando por completo el peso del acero,/ las amapolas que brillan a mi lado,/y que me pertenecen esas manos que yacen,/ inertes/, en la hierba/*

En el poema *Breve plegaria contra el olvido* encontramos un arte poética donde expresa la naturaleza de su proceder discursivo para unir los tres escenarios en la conciencia del yo lírico. Veamos el código del siguiente poema: *Y sobre el signo* ( el hábito del espejo ) *otro signo* ( el hábito del desamor o el hábito oscuro) y *sobre el símbolo una piedra. Colocaré con ella la incertidumbre de aquello que se oculta tras los muros, el constante flujo de la sangre, ( la vida) también la alegoría de la torre y la montaña, aun el libro aquel que predice la altura del oleaje y aquello que solo es porque yace en lo profundo.* (los símbolos con los instantes significativos de sus sentimientos) *En ella habrá siempre un débil gesto que se aleja del olvido, un gesto apenas, porque carece de armas la memoria.* (situaciones que la angustian porque nos las ha podido olvidar)

Esto significa que los sentimientos evocados en cada poema retiene con su evocación lo que la vida rechaza en sus sentidos conscientes, porque para ella ser capaz de olvidar es igual de importante como ser capaz de recordar, porque cuando el ego del presente toma distancia del ego del pasado el poema puede exorcizar los sentimientos nacidos de las malas experiencias. Esto indica que su poesía trata de responder a uno

de los problemas básicos de la antinomia humana planteados por Wittgenstein: soy capaz de sentir. Por lo demás se necesitan agallas para enfrentar la desesperanza. Y sentir por todos. De esta manera su libro se convierte en un libro de sentimientos orientativos sobre cómo superar la frustración y la angustia.

Esto configura la segunda conjetura: la voz lírica de su poesía es la de una niña reclusa en el pasado, cuyos sentimientos de frustración y esperanza siguen dominando los sentimientos de la mujer del presente, configurando el dolor mental y una lucha por su segundo nacimiento en la pareja, que le sirva para superar la angustia, unir el pasado con el presente y limpiar la memoria de los recuerdos, sin embargo antes de que esto ocurra el yo lírico de sus poemas usa máscaras para enfrentar sus temores.

### *El antifaz*

*He vuelto a la misma casa.  
Sobre la cama de aquellos años  
he hundido mis manos en el sueño,  
he hablado el lenguaje de la noche  
y la muerte ha venido a mi lado,  
se ha puesto de rodillas  
y lentamente va desatando los nudos que unen su máscara a su rostro,  
siete lazos dulces y finos, casi transparentes, casi fundidos con su pelo.  
Qué máscara tan limpia y tan triste,  
tan ajena a toda lágrima, a todo sudor,  
a toda herida alguna vez hecha por el hombre.  
Yo sé que sonrío bajo el nácar argentino  
y que incluso me hablará  
cuando su velo caiga como un pétalo sobre sus muslos.  
Mirándome con el rostro descubierto,  
tomará de su diestra la primera costilla  
y la sembrará en mi pecho,  
médula incorruptible e infinita.  
Luego me contará la parábola de aquella mujer  
que esperó muchos años en una torre,  
rogando a dios para que cambiara sus dos ojos por estrellas,  
pero por más que la mujer lloró hasta vaciarse  
y ofrendó su belleza en la sucesión de los inviernos,  
dios no se apiadó de ella.  
Entonces la muerte volverá a ocultar su rostro  
y la soledad de la casa se volcará sobre mi cuerpo.  
Ella me ha dicho*

*que he de volver al mundo  
y he de habitar el fuego.*

Por esos sus recuerdos no están impregnados de sinestesias que evocan aromas y olores, lo que les confieren una unidad emocional con experiencias tempranas. Expresan una disonancia. En su poema *Breve plegaria contra el olvido* evoca el olvido como salvación porque carece de armas la memoria. Y es esta la memoria que abordan sus poemas, centrados en lo que no se puede olvidar. Por eso su Ego es auténtico no solo porque evoca lo bello de su pasado emocional, sino que conceptualiza los sentimientos negativos para librarse de ellos. Esto es parte de su lucha por darle un sentido positivo a su conciencia.

Esto lo vemos en su poema *Espejo sin imagen*. El espejo no tiene imagen porque no disocia el pasado del presente por eso vive sin olvidos y su imagen de mujer no se libera de su imagen de niña. Por eso su espejo no tiene reflejo, por eso desea superar este símbolo para identificar sentimientos petrificados, vueltos piedra muda y ardiente. *“A veces me pregunto si hay espejos/donde uno puede prender fuego a su propia imagen, / y ver la frente perlada encogerse,/ los párpados desatar desinteresadamente los ojos,/el pelo iluminar la noche como un fósforo que da lumbre al cigarro,/estremecido, triste de fragilidad, por el viento”.*

Es tentador asociar “el hábito oscuro, que envuelve la melancolía, la soledad y el tambalearse al borde de un abismo mientras uno está roto” a la tesis de *La vida rota* de Simone de Beauvoir, para representar las frustraciones que tiene la vida elegida por las mujeres, quienes tienen que darle sentido a una vida inauténtica, tienen que expresar las razones de su sin razón, por eso los poemas de Magdalena Camargo expresan un monólogo de los sentimientos de frustración para superar las limitaciones de una vida que no eligió, pero que está allí esperando como parte del infierno de la cultura. Esto lo vemos en el Monólogo de Antígona de Sófocles, en el monólogo de Hécuba en la *Troyanas* de Eurípides, por eso su poesía es un grito contra la vacuidad, contra el vacío y la inautenticidad de la cultura que tiene los sentimientos gastados por que la cultura no coincide con la vida. Esta es la vida rota que encontramos en el monólogo que hay en el poema *Parábola de la mujer y la torre*:

*y por eso, a pesar de su belleza,  
vacía la encontró la palabra  
el día que se derramó en su boca;  
vacía la encontró la noche el día de su primer sueño,  
donde un caballo de ámbar corría en un bosque de abedules;  
y vacía la encontró el dolor,  
cuando un coágulo germinó en la palma de su mano.*

El motivo de los sentimientos expresados en sus poemas que pasan por el amor, el espejo y se asoman al abismo simbólico para preservar el ego, este es el determinante subjetivo de la progresión simbólica de cada poema. En el poema *La doncella sin manos* hay progresión que pasa del padre ausente al padre presente “y desde la semilla surge la silueta de un hombre sin rostro y sin sombra”. Que espera para su conjunción. De ahí que la clave emocional de su poesía sea remontarse al conocimiento de sí para preservar la continuidad del Ego a pesar de no poder disociar su imagen del pasado con la del presente produciéndole, una angustia que definimos como un dolor mental “porque las raíces se agitan con violencia,/presintiendo la música del incendio,/la imagen del bosque encendido como una hoguera que brilla para nadie /y el fuego danzando como el oficiante de un rito cuya cadencia alguna vez conocimos,/ pero ya hemos olvidado”.

Y mientras el filósofo Daniel Dennett, en su libro *La conciencia explicada* dice que no tenemos conciencia, Magdalena Camargo reconstruye la suya para dotar de significado su existencia. Para superar la angustia. Este es “el hábito oscuro, que envuelve la melancolía, la soledad y el tambalearse al borde de un abismo mientras uno está roto”. Su poesía es la costura del alma elaborada por una niña simbólica que busca cerrar las heridas de la vida con el olvido.

# Antología

## La doncella sin manos

Padre, aquí están mis manos.  
Yacen sobre la hierba, inertes,  
como si no hubiesen conocido movimiento.  
Como si nunca hubiesen estado unidas a mi cuerpo,  
nacido conmigo, sostenido una piedra  
y aplastado, con esa misma piedra, los caracoles del jardín,  
o dibujado figuras en la nieve  
cuando mi boca no había conocido todavía las palabras.  
Ya no las reconozco.  
Podría decir, incluso, que nunca fueron mías.  
Ahora se hace tarde. El sol se oculta  
del lado opuesto al acostumbrado,  
no busca la montaña.  
Se dirige lentamente al bosque,  
dejándose caer sobre las ramas,  
y la tierra tiembla  
porque las raíces se agitan con violencia,  
presintiendo la música del incendio,  
la imagen del bosque encendido como una hoguera que brilla para nadie,  
y el fuego danzando como el oficiante de un rito  
cuya cadencia alguna vez conocimos,  
pero ya hemos olvidado.  
Y sin que una sola hoja arda  
el sol se hunde hasta posarse en la tierra,  
como si el fuego hubiese perdido toda consistencia,  
y como una fruta que dividimos con las manos  
el sol se abre  
y la luz es un licor viscoso  
y desde la semilla surge la silueta de un hombre  
sin rostro y sin sombra.  
Solo un contorno oscuro que deambula para recobrar lo que ha perdido.  
Y sé, así como la criatura que intuye el aliento de la fiera oculto tras la fronda,  
que soy la presa y el tesoro.

Y vendrá aquella silueta y se detendrá frente a mí  
y me tenderá su mano para llevarme consigo.  
Y yo devolveré el gesto, olvidando por completo el peso del acero,  
las amapolas que brillan a mi lado,  
y que me pertenecen esas manos que yacen,  
inertes,  
en la hierba.

## Coordenada

En mí se va trazando la parábola de ese círculo  
que invoca lo lejano,  
lo perpetuo.

Los académicos, ignorando la plenitud del símbolo,  
llamaron a esa línea hemisferio.

Yo he creído siempre que el mismo ser que señaló por primera vez el límite  
fue quien, poniendo su mano en la mía,  
abrió las marcas en las que algunos dicen ver  
la hechura del destino.

Tú, en cambio,  
has venido desde el sur.

Tu viaje ha sido largo.

Hace más de veinte años que partiste.

Y si yo, a quien ha sido otorgado  
el poder de nombrar las cosas  
y de soplar dentro del nombre  
un aliento cercanísimo a la vida,  
acaso un poco más oscuro,  
una copia al fin, una copia de la vida.

Y si yo fuese una x en el mapa.

Porque esa x tiene poco de tesoro  
y mucho de peligro  
y si soy el puerto que se hace visible  
solo por las noches,  
y soy la estación de donde  
solo parte el pasajero,  
soy también un mar de luces rojas  
que alumbran el fierro húmedo del ancla  
e insomnes te revelan que  
es posible escoger un día,  
incluso sin saberlo,  
y romper el mapa  
y decir en voz alta  
que acaso solo por ahora,  
acaso apenas en el curso de este instante,  
el viaje ha terminado.

## Retrato de la costa

Rara vez contemplamos al mar vencido de tal modo por la calma.  
Hubo una época, cuando las olas poseían dimensiones absurdas,  
y el mar crecía siempre agitado, siempre más convulso.  
Pero ahora la línea del agua se extiende perfecta,  
casi inalterada por la oscilación del oleaje, sugiriendo la infinitud.  
Podría caminar por horas, mar adentro,  
y el agua no se levantaría por encima de mis muslos.  
Un espectro dorado se detiene en la silueta de las cosas.  
Los objetos han adquirido también un rumor sombrío y pardo,  
pero al mismo tiempo persiste un instante de fulminante claridad,  
que alumbra todo con belleza.  
Cierta letargo viene apoderándose del mundo,  
y una inmensa bandada de pájaros negros atraviesa el cielo vacío de nubes,  
tan lentamente que la altura parece haberse espesado,  
de modo que se distingue el trazo de la graciosa caligrafía del vuelo,  
el siseo de las alas venciendo parsimoniosamente la inmovilidad.  
Entonces hubo para nosotros un repentino resplandor.  
Pensamos que se trataba de una semilla consumida por las llamas.  
Era grande, como dos manos que yacen juntas,  
y estaba teñido de un rojo brillante.  
Nos preguntamos qué árbol daría semejante fruto.  
Vimos con asombro cómo las olas lo cubrían y seguía ardiendo bajo el agua  
y la espuma,  
y cuando el mar retrocedía quedaba nuevamente al descubierto la flama,  
que permanecía intacta y viva,  
como un pétalo granate que ondeaba con pureza,  
de pronto más encendido,  
de pronto más umbrío,  
iluminando con esa danza nuestros rostros.  
Y como dos niños que descubren un pez muerto en la arena,  
alucinados en igual medida por la muerte que por la criatura,  
nos quedamos contemplando un trozo de destino  
que ha sido maravillosamente tomado por el fuego.

## A propósito de la derrota

Hemos partido antes del alba  
y aún no ha habido freno  
que sacuda la escarcha de las riendas.  
La niebla nos pesa en la montura  
y el amanecer se vuelve más  
denso con el aliento de las bestias.  
Atrás quedó hace tiempo  
el fango que se había adherido  
a nuestras botas,  
y el campamento donde fingimos  
reír por habernos librado de la muerte.  
Anoche afilamos las armas junto al fuego,  
y lavamos la sangre que llevamos,  
secándose, en el rostro.  
Sobre los metales se alternaba el reflejo del vino  
corriendo por la barba de los hombres,  
y sus cantos graves como el eco  
de las primeras oraciones entonadas dentro de la cueva,  
y el oráculo señalando el curso de la estrella,  
repitiendo que, sin importar la naturaleza del deseo,  
ya se yergue frente a nosotros la sentencia.  
Pero hemos despertado borrando aquel círculo  
que nosotros mismos habíamos dibujado sobre el polvo,  
aquel que incluso algunos,  
algunos pocos entendimos.  
Porque no hay otro ritual para ponerse la armadura,  
porque no hay otra raíz  
para calmar la sed en el camino.  
Y qué importa si al cerrar los ojos  
vemos rodar nuestra propia cabeza  
sobre el pasto de la estepa.  
Porque, sin importar lo que creímos,  
ese instante fue siempre el único que genuinamente poseímos.  
Solo somos realmente nosotros,  
solo nos consumamos,  
el día que partimos.  
No pertenece a más nadie

la derrota.

## El asedio

Recuerdo la lechuza acurrucada en la hojarasca,  
gris como una caracola creciendo desde el humo.  
Y el pino negro, erguido como un dios  
que reconoce en la sombra su grandeza.  
Todavía mis ojos estaban contruidos sobre el miedo,  
una muralla circular que aparta el frío de la piedra,  
como la aleta aparta el agua,  
como el pétalo aparta la luz.  
Y, abiertos, son la puerta de una ciudad indefendible,  
aquella puerta más al norte  
que el enemigo ha abierto con sigilo  
para dejar entrar la sangre templada en el acero,  
y el rastro de serpientes de pólvora larguísimas.  
Y luego lanzas, trazadas como una línea sobre el vértigo,  
jinetes infinitos, unida la crin, la rienda,  
y la espuma en el morro del caballo,  
como una única nube sobre el cielo.  
Hombres, como una sola tea  
que se ha dejado caer sobre la hierba.  
Hombres, cientos de hombres  
y sus cotas de malla brillando,  
inventando un nuevo firmamento,  
que arde enrojecido,  
todavía más terrible y doloroso

## Certeza

Ahora que las raíces se alzan en la noche por encima de las aguas,  
aguardo la flor que nunca pondrás en mi mano.

Y aun cuando he vuelto

a mirar aquel cajón repleto de botones rojos,

y la triste longitud de las agujas

y he vuelto a oír mi nombre apenas colocado en tu boca,

como una piedra apretada contra otra piedra,

a la expectativa del derrumbe.

Y me he aferrado con fuerza a la ventana

y he buscado el faro,

cuerda misteriosa en la desolación de los abismos.

Solo persiste la certeza de las olas,

su perfecta sincronía

y el resplandor de la tormenta,

como un árbol de luz en medio de los campos,

siempre sin pájaros ni frutos.

Es verdad, también,

que aun en la tempestad estamos solos.

Llueve, y se me antoja que tu amor es como un anillo

que resulta demasiado grande

o demasiado pequeño entre mis dedos.

## El antifaz

He vuelto a la misma casa.  
Sobre la cama de aquellos años  
he hundido mis manos en el sueño,  
he hablado el lenguaje de la noche  
y la muerte ha venido a mi lado,  
se ha puesto de rodillas  
y lentamente va desatando los nudos que unen su máscara a su rostro,  
siete lazos dulces y finos, casi transparentes, casi fundidos con su pelo.  
Qué máscara tan limpia y tan triste,  
tan ajena a toda lágrima, a todo sudor,  
a toda herida alguna vez hecha por el hombre.  
Yo sé que sonríe bajo el nácar argentino  
y que incluso me hablará  
cuando su velo caiga como un pétalo sobre sus muslos.  
Mirándome con el rostro descubierto,  
tomará de su diestra la primera costilla  
y la sembrará en mi pecho,  
médula incorruptible e infinita.  
Luego me contará la parábola de aquella mujer  
que esperó muchos años en una torre,  
rogando a dios para que cambiara sus dos ojos por estrellas,  
pero por más que la mujer lloró hasta vaciarse  
y ofrendó su belleza en la sucesión de los inviernos,  
dios no se apiadó de ella.  
Entonces la muerte volverá a ocultar su rostro  
y la soledad de la casa se volcará sobre mi cuerpo.  
Ella me ha dicho  
que he de volver al mundo  
y he de habitar el fuego.

## Carta en la distancia

Como si se tratase de una colmena, el sol se agita en el aire.

Desde él se lanzan al vuelo cientos de gaviotas.

No nos es dado escucharlo,  
pero la bandada emite con puntualidad  
un exquisito zumbido.

Bajo el agua la corriente del sur se aferra a mis tobillos  
y, con la precisión de un reloj, viene a mí ése momento del día,  
ése que es uno solo en medio de muchos.

Uno en el que nos es dado ver lo diminutos que somos.

Muy pocas veces nos detenemos en él,  
tomándolo tras entenderlo colgando en esa rama  
que está al alcance de la mano.

Aun así, cada día, llega un punto en el ocaso  
cuando al sol le toma apenas unos segundos,  
un instante penosamente inútil,  
desaparecer en el horizonte.

¿No es acaso más grande que nosotros la verdad?

Y de todos los caminos quizás ninguno es más nuestro  
que aquel que se descubre en ese último minuto  
en el que nos es dado ver el recorrido del sol.

El último, por ese día.

Eso es aquella luz ardiendo.

Primero esfera, luego puente, cuerda, onda.

Aquello, volviéndose.

Primero fuego, luego dios, símbolo, astro.

Arrojándose al regreso,

a ese abismo al que los antiguos otorgaron el nombre  
de eternidad.

## Breve plegaria contra el olvido

Y sobre el signo otro signo  
y sobre el símbolo una piedra.  
Colocaré con ella la incertidumbre de aquello que se oculta  
tras los muros,  
el constante flujo de la sangre,  
también la alegoría de la torre y la montaña,  
aun el libro aquel que predice la altura del oleaje  
y aquello que solo es  
porque yace en lo profundo.  
En ella habrá siempre un débil gesto que se aleja del olvido,  
un gesto apenas,  
porque carece de armas la memoria.

## El faro

Por aquel sendero angosto, rodeado por las zarzas,  
llego andando hasta el faro.  
En otro tiempo me hubiesen traído de vuelta las señales,  
Pero las señales hace mucho que cesaron.  
Conozco bien el pomo gastado de la puerta,  
el número exacto de escalones  
y al frío que en algunas temporadas construye sus nidos en la piedra.  
Contemplo a la luz arrojarse una y otra vez sobre las aguas,  
como si un hombre saltase desde un puente  
con la certeza de que al hundirse en la corriente  
volverá a estar de pie en el borde de la altura.  
Y aun así saltase, saltase,  
y saltase,  
con una sonrisa triste templada sobre el rostro.  
Frente a mí, el mar revolviendo las vísceras del mundo.  
De muy lejos llega la melodía de las hojas,  
los dedos de la noche jugando con las cuerdas.  
No sé por qué me trae la memoria la historia de aquel hombre  
que tuvo el deseo de domesticar la hierba,  
ordenar a un campo entero tenderse encima de la tierra,  
solo con pronunciar una palabra.  
Semejantes dones son raros,  
pero para algunos pocos son posibles,  
y hay quien ignora que la belleza no crece en lo carente de dolor.  
Imagino al hombre, muchos años después,  
temblando en la negrura de la cueva.  
Empuñando la tea, como si en ese trazo de fuego  
quedase el último pedazo de su vida.  
Su mano hurgando en la garganta de la bestia,  
la sangre corriéndole hasta el torso  
y el don latiendo, ya al contacto de sus dedos,  
y las fauces, brillando,  
a punto de cerrarse.

## Carta hacia el frente

La niebla volvió hace unos días.  
Se sentó junto al lago, como de costumbre.  
Contaba juncos, en voz muy baja,  
y lamentaba haber olvidado el pan para los patos.  
Todavía el mundo y la forma de las cosas  
no se habían desprendido de la noche  
y llevaban un velo ocultándoles el rostro.  
A veces se escuchaba de muy lejos  
el eco de semillas huecas rodando en medio de raíces,  
el oleaje arrojándose contra la madera de los botes,  
y el golpe de los remos como un tic tac que obedece a otro tiempo  
donde, a pesar de la brisa, las hojas se tragan las ganas de caer.  
En nosotros está la misma naturaleza, el mismo curso,  
que el de los frutos que se pudren en la sombra.  
A los paisajes no les está dado repetirse  
porque somos muy débiles para merecer el don de lo perpetuo,  
como esa flor que brillando en la superficie  
se descompone en lo profundo,  
o el nido de cigüeñas que se desarma en gajos por la lluvia.  
Por eso guardamos aquella llave antigua,  
aunque hace más de dos décadas haya sido su puerta derribada  
y nos duele ver humear sobre la mesa el plato que pedimos  
y hay una única canción que reservamos para ciertas horas.  
Lo hemos sabido desde siempre,  
pero sucede  
que a veces jugamos  
a creer.